

Sobre el aragonés

La publicación del trabajo de Alwin Kuhn, «Der hocharagonese Dialekt» (*Revue de Ling. Rom.*, XI, 1935, pp. 1-312), dirige la atención de los romanistas hacia una zona dialectal a la que en el futuro le corresponderá una especial importancia dentro del examen de los problemas lingüísticos iberorrománicos. Este trabajo viene a llenar, realmente, un vacío, sentido dolorosamente durante decenios, en nuestro conocimiento de la realidad lingüística de España. Bien es verdad que ya desde 1897 Saroïhandy se había ocupado de los valles altoaragoneses y recogido, en repetidos viajes a esta región, materiales valiosos. Pero lo que sobre la cuestión publicó en comunicaciones y artículos (*vid.* especialmente los importantes «Vestiges de phonétique ibérienne», en la *Revue Intern. des Études Basques* del año 1913), se reduce al análisis de fenómenos particulares, por otra parte sumamente raros. En la postguerra, Saroïhandy continuó sus investigaciones, pero no llegó a reunir sus ricos materiales (que actualmente están depositados en la Universidad de Burdeos) en una descripción detallada. Impulsado por las notas de Saroïhandy, el autor de estos comentarios recorrió en 1926 (y más tarde, de nuevo en 1934) los valles altoaragoneses con el fin de investigar el parentesco entre el gascón y los dialectos del Alto Aragón. Desde 1927 Fritz Krüger ha examinado asimismo, detenidamente, el Alto Aragón, sobre todo con una orientación práctica. El resultado de esta recogida de datos ha sido compilado ahora de manera brillante y modélica en la gran obra de Krüger sobre los Pirineos, publicada en varios volúmenes (*Die Hochpyrenäen*, Hamburg, 1936; *Butll. de Dial. Cat.*, vol. 23 y sigs.), mientras que yo mismo he introducido una parte de sus materiales en mi libro *Le Gascon* (aparecido en Halle en 1935), siempre que fueran significativos para establecer una comparación con la parte francesa de los Pirineos. Pero únicamente con el trabajo de Kuhn, basado en investigaciones propias llevadas a cabo sobre el terreno en 1932, obtenemos ahora la monografía que nos faltaba sobre los dialectos altoaragoneses.

Resulta difícil poner de relieve suficientemente la importancia lingüística de la región investigada en esta obra. Aparte del inesperado parentesco, hasta ahora apenas vislumbrado, con la situación lingüística de Gascuña —que creo haber resaltado de modo evidente en *Le Gascon* y que también destaca Kuhn de manera acertada—, esta región muestra, junto a la Gascuña pirenaica, una serie de características lingüísticas extremadamente arcaicas, como la conservación de las consonantes oclusivas sordas (*capeza*, *apierto*, *lupa* 'loba', *tota*, *betiello*, *artica*, etc.), sobre las cuales llamó la atención por primera vez Saroïhandy; es éste un fenómeno que hace que los dialectos de esta zona se separen del marco español que hasta ahora conocíamos. El área explorada por Kuhn se extiende desde la frontera lingüística del vasco-aragonés hasta la cabecera del río Ara (Brotó, Torla). Es una lástima que el autor no haya podido extender sus investigaciones más lejos, hacia el este, hasta el río Cinca (comarca de Bielsa-Gistaín), porque probablemente sea en esta zona montañosa, muy accidentada, donde mejor se han conservado las antiguas peculiaridades lingüísticas.

El trabajo de Kuhn se propone metas ambiciosas. No solamente se ocupa de la evolución de los sonidos, sino también de problemas de morfología y sintaxis. Es cierto que no está estructurado de modo tan sistemático como es habitual en las investigaciones dialectales: quien quiera conocer el resultado de A ante palatal, encontrará indicaciones al respecto en el apartado que se dedica a la evolución de -X- (por ejemplo, en la p. 54: *m a t a x a* > *madaša*), pero otros casos, por ejemplo, *plantaina* (Ansó), cast. *llantén* (< *p l a n t a g i n e m*) son pasados por alto; a propósito de *cachurro* (cast. *cachorro*) o *anullo* 'buey de un año' (Bielsa), quien quiera orientarse sobre la evolución de -O- (-U-), no encontrará ningún capítulo sobre la cuestión; la evolución de R- (> *arr-*), que el Aragón más septentrional comparte con Gascuña, se señala de pasada en un capítulo («Unbetonte Vokale», p. 111), al que en realidad no pertenece. El autor concentra su interés científico en ciertos fenómenos (influencia de la palatal sobre la vocal abierta, determinados grupos consonánticos, ablandamientos, palatalizaciones) que considera, con razón, de especial relevancia. Algo parecido sucede con la morfología, dentro de la cual se estudian en profundidad y extensamente el presente, el imperfecto y el pretérito, mientras que, por otro lado, apenas son consideradas las formas del subjuntivo; por el con-

trario, la formación de palabras mediante sufijos es descrita con una minuciosidad (pp. 166-244) que difícilmente se hubiera esperado en una monografía general de esta naturaleza. El trabajo, en fin, deja mucho que desear en cuanto a la estructuración sistemática y metódica y a la clasificación rigurosa. A pesar de ello, tiene grandes méritos: el autor no se limita al análisis de las voces habituales que aparecen, una y otra vez, en todas las monografías dialectales, y que muy a menudo dan a tales trabajos un carácter limitado, sino que ha prestado especial atención justamente al vocabulario de la civilización rural primitiva, más difícil de registrar. Ya sólo por la recogida de un cuantioso repertorio léxico (según el índice son, de manera aproximada, 2.000 palabras), merece el trabajo grandes elogios¹. Es muy loable también que el léxico rural haya sido aprovechado ampliamente para el análisis de los hechos lingüísticos. Además, la contribución de Kuhn debe ser alabada porque el autor no se limita a presentar una mera descripción de los hechos, sino que procura en cada caso profundizar en ellos. Aunque presta atención a las relaciones con el gascón, pretende, ante todo, encuadrar los dialectos aragoneses dentro del contexto iberorrománico, como últimos vestigios de un conjunto lingüístico casi desaparecido. En una extensa síntesis histórico-lingüística se resumen al final (pp. 245-280), de manera sugerente y persuasiva, los resultados obtenidos desde este punto de vista. De ello se deduce que Aragón, en lo que respecta a su idiosincrasia lingüística, está fuertemente emparentado con el catalán, y que en el pasado representó el eslabón natural entre el catalán y los dialectos del grupo cántabro-leonés-castellano (algo que el autor de esta reseña se veía obligado a reconocer ya en *Le Gascon*). Así, pues, el catalán resulta estar más ligado a la Iberorromania de lo que hasta ahora se había creído (p. 276). Ya Fritz Krüger, en su concienzuda reseña al libro de Meyer-Lübke sobre el catalán (*Literaturblatt*, 1927, p. 196), hizo alusión a estas relaciones y a la insuficiente atención que el mencionado filólogo les había dedicado. A partir de lo que hoy conocemos sobre el aragonés, está claro que la posición especial del catalán dentro de la Iberorromania ha de ser examinada de modo muy distinto a como lo hizo en su tiempo Meyer-Lübke.

1. Otros materiales fueron analizados por el autor en «Studien zum Wortschatz von Hocharagon» (en *Zeitschrift f. Rom. Phil.*, 55, pp. 561-634), artículo que tiene una orientación más práctica. [Añádase, además, «Estudios sobre el léxico del Alto Aragón: animales y plantas», *AFA*, XVI-XVII, 1971, pp. 7-55, que constituye una continuación del trabajo precedente.]

Tras este comentario general, es preciso que demos nuestra opinión sobre algunos resultados e interpretaciones particulares. El autor no ha resuelto el problema de algunas palabras que ofrecen el diptongo *ue* donde en latín mostraban \bar{O} o \bar{U} : *cueita* < *cōcta (p. 14), *güaire* < vūlture (p. 18), *duecho* < dūctus (p. 18). Naturalmente, lo que sucede no es que la palatal siguiente abra la vocal *o* proveniente de *U* en \acute{o} , sino que se trata del mismo cambio de *ui* (con sonido de enlace) > *uei* (> *ue*), que conocemos por el gascón: *trūcta* > *troueyto*, *trouéto*, *genuculum* > *jouélh* (vid. *Le Gascon*, § 352)². Otros ejemplos del aragonés, que Kuhn no nombra, son: *cueitre* 'arado' (< cūlter), *favueño* (< favonius), *cerruello* 'cerrojo' (< -uculum), recogidos en Fanlo (*ibíd.*)³. Por otra parte, en la p. 27 se dice que para 'trucha' sólo se atestigua *trucha*, que sería la forma castellana. No obstante, en 1934, en Hecho recogí la auténtica forma aragonesa *truita*. En la p. 13 llama la atención el aragonés *peito* (< pectus), donde sería de esperar *pieito*. En este caso no debe pensarse en una falta de diptongación, algo que en realidad no concuerda con el carácter propio del aragonés, sino más bien en una reducción posterior del diptongo (*iei* > *ei*), igual que ocurre en gascón, donde tenemos, por ejemplo, *mei* (junto a *miei*) < *medium* (*Le Gascon*, § 344). En la p. 42 debería suprimirse *choto* de la lista de ejemplos para la evolución *S* > *ch*: seguramente no es un deverbial formado sobre **suctare*, sino que tiene como base una raíz fónica *chuch-* (*REW*, 2.452). En la página 65 se estudian vacilaciones interesantes en la diptongación sobre formas léxicas con diptongación inesperada: así, *muera* (Bielsa), *mora* (Ansó) < *mōra*, *güembre* < *vōmer*, *güembro* < *hūmerus*. Kuhn ve la razón de estas desviaciones en la nasal; pero, ¿cómo puede ocurrir esto, teniendo en cuenta que en el vecino gascón una nasal no provoca la abertura, sino el cierre de la vocal contigua? (*Le Gascon*, §§ 343, 348, 353). En realidad, hay que suponer *vōmer* para una parte de la Rumania: cf. land. *bòme* (Millardet, *Atlas*, 341), ital. *vomere*, también en las regiones en las que

2. Vid., con respecto a esta cuestión, el trabajo de P. Fouché «Études de philologie hispanique», en *Revue Hispanique*, 77, p. 16 y sigs.

3. Más frecuente es la forma moderna *cerrullo*. Kuhn ve en ella y en casos parecidos un cambio de sufijo (*chinullo* < *genūculu*, *manullo* < *manūculu*, *cenullo* < *fenūculu*); es decir, sustitución de *-ūculu* por *-ūculu* (p. 23). Puede ser que se trate más bien de la reducción de un antiguo diptongo *ue a u*, como habitualmente sucede en catalán en casos semejantes (*fuella* > *fulla*, *uell* > *ull*, *ueit* > *vit*) y como puede comprobarse en gascón (*trōja* > *trouejo* > *troujo* y ejemplos análogos); vid. *Le gascon*, § 349.

para \bar{O} se esperaría encontrar **vumere*. En cuanto a *muera* y *güembro*, no poseo por ahora ninguna explicación. Otro ejemplo que Kuhn no nombra es *zuelle* (Echo, Urdués) ‘pocilga’, frente a *zolle*, voz documentada en otros lugares (por ejemplo, en Fanlo).

Para el antiguo Aragón, Kuhn no da ningún ejemplo del cambio seguro de *nd* > *n* (p. 70). Querría consignar aquí *tinella* ‘telera del arado’ (< *t e n d i c u l a*) y, al mismo tiempo, modificar la explicación dada por el autor (cruce con *tener*, p. 22) de que la relación, por etimología popular, con *tener* ha evitado la invasión de la articulación castellana (*nd*), toda vez que el lenguaje culto de Castilla no conoce ni siquiera la voz **tendilla*. Otro vestigio de la antigua articulación es el topónimo *Camporrotuno* en el Sobrarbe (cf. Menéndez Pidal, *Orígenes*, p. 300).

Entre los ejemplos de conservación de las intervocálicas *p*, *t*, *k*, presentados en la p. 72 y sigs., hay algunos que debemos excluir y otros que no sirven para demostrar este fenómeno. No pertenecen a este grupo *boyato* ‘ternero de dos a tres años’ ni *fillato* ‘hijo’. Ambos contienen el sufijo -*a t t u s*. También hay que eliminar *peduco* ‘caletín’ (sufijo -*u c c u s*); cf. cast. *carruco*, *hermanuco*, *tierruca*. Otros casos no sirven como prueba de la conservación de las oclusivas sordas latinas porque las palabras en cuestión son de origen germánico (*espito*), vasco (*cocoraza* < *k o k o r* ‘cima’) o árabe (*talca*, *repatán*, *allaca*).

Es muy digna de atención la noticia de que también Aragón conoce el desarrollo de -*ll*- > -*ch*-, característico de algunas zonas del gascón meridional (*b e l l u s* > *betš*); Kuhn, de todos modos, da pocos ejemplos seguros de esta evolución (p. 77 y sigs.): *grichóns* ‘grillos’, además de *betiecho* (< *v i t e l l u*), que yo mismo he oído en Bielsa. La mayoría de los ejemplos que Kuhn aporta son nombres relativos al campo (*castiecho*, *saldiecho*, etc.). Todos estos nombres provienen de zonas cercanas a la frontera franco-española. Debo decir que esto me produce cierto escepticismo. Teniendo en cuenta que en todas estas zonas los pastores franceses tienen el derecho de arrendamiento de pastos, y que pasan muchas semanas en el lado español con sus rebaños, no cabe duda de que estamos ante un sonido transmitido, en denominaciones rurales, que proviene de los pastores franceses. El intento, por parte de Kuhn, de presentar las palabras con -*ch*- como restos petrificados de un estado de lengua

ya desmoronado (con las conclusiones lingüístico-geográficas extraídas de este hecho en la p. 82 y sigs.), no me parece concluyente según el material aducido: *betiecho* es también una palabra pastoril que puede haber peregrinado más lejos por el intercambio mercantil. La palabra *abetoch*, de Hecho (yo mismo he atestiguado en dicha localidad *abetocha*) 'abedul' se refiere a un árbol que es mucho más frecuente en el lado septentrional del Pirineo (donde es denominado, por ejemplo, en el valle de Aspe, *betuś* o *metuś*) que en la vertiente española. Lo que, a propósito de esta cuestión, dice el trabajo reseñado sobre el gascón *gric* (junto a *grii*) < *grillus* y *cric* (junto a *crii*) 'grito' (p. 79) ha de ser entendido de una manera totalmente distinta. No se trata de un desplazamiento del punto de articulación (dental > palatal), sino de una formación analógica según *amík* (sg.) / *amíts* (pl.), *rok* (sg.) / *rots* (pl.), etc.

En la página 85 y sigs. se trata de la desaparición de sonidos finales: *mon* 'monte', *puen* 'puente', *blan* 'blando'. En este párrafo se muestra de manera exquisita la desaparición progresiva de un fenómeno que tiene su mayor extensión en el este de Cataluña y cuyas últimas oleadas llegan hasta la frontera vasca. La amplitud, también en este caso, del contacto con el gascón queda demostrada por el desarrollo del adverbio *unde*, que Kuhn presenta detalladamente en sus distintas etapas de evolución: a *ʒ'an vas?* '¿dónde vas?' (< *intus unde vadis*) en Torla corresponde en el valle de Aspe *ʒtam bas?* (*Le Gascon*, § 432). En la página 99 y sigs., donde se examina la alternancia de *θ* y *s*, hay que suprimir *zoca* 'tocón'. Esta palabra no tiene como origen *soccus* (cf. ant. fr. *çoche*), sino el celta **tsukkā* (Hubschmid, *Rev. Celt.*, 50, 259). En la página 102 no se ha de asignar *fizá* (cf. gascón *hissá*) 'pinchar' a *fixare* (también en *FEW*), sino a **fiictiare*. En el mapa 6 hay que leer *et* como artículo masculino, en lugar de *el*, en la región gascona. Kuhn pretende interpretar el artículo extraño *ro*, *ra* (plural *ros*, *ras*), que se encuentra en el Sobrarbe, como una penetración del resultado gascón o como la anulación de un hiato (*de ro padre* en lugar de *de o padre*) (p. 118). Lo primero no es probable porque en el gascón la *-r-* sólo se encuentra en la forma femenina (*era vaca*); la segunda posibilidad ha de ser excluida porque un hiato *de o* ni siquiera se hubiera formado, sino que habría sido evitado por elisión (*d'o*). Sospecho que la sorprendente aparición de *-r-* por *-ll-* tiene algo que ver con el uso protónico del artículo. En tales

casos, tenemos este desarrollo también en otras partes, por ejemplo, en ciertas zonas de Calabria, donde se encuentra como artículo *ru, ra* (vid. mi *Dizion. dial. delle tre Calabrie*), mientras que -ll- da aquí normalmente -*ḏḏ-*; o bien, en Cilento tenemos el cambio de -ll- > -r- sólo en el pronombre *iro* (< *illu*), *era* (< *illa*) (vid. *Zeitschrift f. Rom. Phil.*, 57, 433). En *roz* < *arroz*, *roba* < *árroba* no parece darse una aféresis (p. 118), sino una sustitución de la forma originaria *arr-* por la castellana *r-*, lo que trajo consigo casos de ultracorrección (vid. *Le gascon*, § 383).

Las páginas 120 y sigs. tratan de los adverbios pronominales *i n d e e i b i*, que están documentados en español antiguo y son todavía muy corrientes en las hablas pirenaicas. Es interesante observar que *i n d e* puede reemplazar al acusativo *e i b i*, al dativo.

En el campo de la flexión verbal, menciono la forma condicional *quererbas* 'querías', procedente de Panticosa. Aquí la terminación *-eba*, corriente en el Alto Aragón, no ha sustituido a *-ta* (p. 126), porque el hablante moderno ya no es consciente de la relación entre el condicional actual y el imperfecto de *h a b e r e*, por lo que únicamente puede tratarse de un vestigio de un período lingüístico superado. Un participio interesante es *tuvido* 'tenido' (p. 126). Una peculiaridad de Ansó consiste en que todas las desinencias de la primera persona del singular terminan en *-y /i/*: *estabay*, *yeray*, *tomey*. No se dice nada sobre el origen de este sonido final. La alusión al francés meridional *vederéy* 'veré' (p. 127) y formas de futuro semejantes es desacertada, puesto que en estos casos *-ey* es el resultado normal de *ajo* < *h a b e o*. Por el contrario, se puede invocar el paralelismo con el dialecto del valle de Aspe, situado justamente frente al pueblo de Ansó. Aquí también (por ejemplo, en Lescun) terminan todas las primeras personas en *-y*: *càndoy* 'canto', *candàboy* 'cantaba', *candèy* 'canté', *préney* 'tomo', *droumey* 'duermo', *èroy* 'era', *àyoy* 'tenga', *ìboy* 'iba', etc. En la página 128 se dice que la segunda persona del plural *-is* se convierte en *-z* en los valles altos. Esto no puede ser así de ningún modo, sino que *-z* es el resultado normal de *-ts* (cf. gascón *cantats*): *cantaz* < *c a n t a t (i) s*. Con esta suposición errónea el autor se ha cerrado a sí mismo la posibilidad de reconocer un hecho importante: en el Alto Aragón, la segunda persona de plural tiene su origen en la desinencia contracta *-a t (i) s*, de forma análoga a lo que ocurre en

catalán, provenzal y gascón, por oposición al castellano, en el que se produce la caída de la dental -a(t)is (vid. mi artículo en *Archiv.*, 167, p. 319). Porque -z tiene, lógicamente, como etapa anterior de evolución, el resultado -ts, de igual modo que el plural de las palabras terminadas en -et es regularmente -ez (< ets) (p. 169).

Kuhn pretende ver en las terminaciones del imperfecto de indicativo -*eba* (*teneba*) e -*iba* (*veniba*) fenómenos recientes creados por analogía con -*aba*. He expuesto en *Archiv.*, 171, p. 56, por qué no considero correcta esta interpretación. La amplia difusión de estas formas no sólo en aragonés, sino también en gascón y catalán (hasta Alguer) hace que resulte muy dudoso que el mismo fenómeno de analogía haya influido en tres lenguas diferentes. La escasa aparición de estas formas en los textos medievales no sirve como objeción estrictamente válida, porque estos textos están influidos por el lenguaje canciileresco urbano (Zaragoza) y porque tampoco ofrecen algunos otros fenómenos muy arcaicos que podemos constatar, sin embargo, en los actuales dialectos pirenaicos (cf. *Le gascon*, § 367). De acuerdo con esta interpretación, tampoco puede mantenerse la explicación que Kuhn propone sobre el peculiar perfecto de Hecho (*vendié*, -*iés*, -*ié*, -*íamos*, -*iez*, -*ieron*) (p. 137). Según su explicación estas terminaciones no serían más que las desinencias del antiguo imperfecto, que en ciertos textos del español antiguo son, de hecho, -*ie*, -*ies*, -*ie*, -*íamos*, -*ies*, -*ien*. Como consecuencia de las pretendidas formaciones analógicas más tardías en -*eba*, -*iba*, quedarían «libres» las más antiguas en -*ia* (-*ie*) y se emplearían para la nueva construcción del perfecto. Dejando aparte la forma completamente diferente de la tercera persona del plural, considero muy improbable, teniendo en cuenta la clara separación sintáctica de los dos tiempos románicos, semejante adopción de desinencias por parte de un tiempo totalmente diferente. En realidad, la explicación es mucho más sencilla: a partir de la tercera persona del plural -*ieron* (regular), el diptongo fue realizado de manera general por analogía; el modo de producirse este cambio queda demostrado por el perfecto de Panticosa mencionado por el autor (p. 198): *comié*, *comiste*, *comié*, *comíamos*, *comisteis*, *comieron*. Aquí tenemos una etapa intermedia: las segundas personas no han sufrido todavía la igualación. Con esto, las cosas están tan claras que no se puede, de ninguna manera, poner en duda este proceso de evolución. No es diferente a lo que sucede cuando en un valle colateral de Hecho la forma *compró*

hace surgir para la primera conjugación un esquema flexivo completamente nuevo: *-ó, -ós, -ó, -omos, -oz, -oron* (p. 134). Encontramos una correspondencia todavía más nítida en el desarrollo del perfecto en el gascón oriental. En esta zona (por ejemplo, en el valle de Aure), se formó un perfecto completamente nuevo a partir de la tercera persona del plural *mouríren: mouríri, -íres, -íre, -írem, -íret, -íren*. La misma evolución se halla en curso en el valenciano, donde la analogía ha igualado ya cuatro de las seis personas: *mentí, -íres, -í, -írem, -íreu, -íren* (vid. B. Moll, «La flexió verbal en els dialectes catalans», p. 261).

En las combinaciones *heba estar, hebas haber* 'habías de tener', *ha fer* 'ha de hacer', el autor piensa haber hallado la etapa antequísima de la construcción latina *h a b e o f a c e r e* (p. 153). No tiene en cuenta que en todos los ejemplos citados, o bien el verbo auxiliar termina en *-a*, o bien es el infinitivo el que comienza en *-a*: esto quiere decir que la preposición *a*, la cual siempre aparece en otros entornos fónicos, como en *has a saber, has a dar*, etc. (p. 153), es absorbida por la *-a* última del verbo auxiliar o por la inicial del infinitivo.

En el terreno de la sintaxis, se hace brevemente referencia al uso de *haber* y *ser* en lugar de *tener* y *estar* (p. 152 y sigs.), al empleo de *ser* con reflexivos (p. 156) y al empleo arcaico del caso oblicuo con sentido de genitivo (*en lo canto lo fuego*, p. 157), etc.

Las páginas 158 y sigs. se ocupan de la formación de palabras, especialmente de la forma y función de los sufijos, para lo cual el autor se ha inspirado en mi trabajo sobre la creación por medio de sufijos en gascón (*Revue de Ling. Rom.*, VII, pp. 119-169), donde se mencionan también ejemplos paralelos aragoneses. Con respecto a este apartado, ha de hacerse referencia únicamente a algún que otro caso. Se podría poner en duda la afirmación de que el sufijo *-et, -eta*, examinado en la página 180, corresponde al sufijo latino de lugar *-e t u m, -e t a*. Los pocos ejemplos presentados apuntan más bien hacia el sufijo diminutivo *-i t t u s*. Por mi parte, nunca he conseguido, tras proponérmelo insistentemente, ejemplos de lugar en este sufijo, por la simple razón de que en esta zona son corrientes otros sufijos locativos: *-al (cardal), -ar (abetar), -ada (pinada)*. Por lo que respecta a los ejemplos con *-aga* (< vasco), hay que excluir *allaga, allaca* 'aulaga', porque *-aga* forma parte, en este

caso, de la raíz. En las páginas 222 y sigs. hay que separar definitivamente el sufijo *-adero*, *-edero*, *-idero* de *-arius*, sufijo con el cual el autor de esta reseña se sintió inclinado, en una etapa precedente, a establecer conexiones. Las correspondencias gasconas con *e* cerrada (*-arius* da *e* abierta) y la forma anticuada altoaragonesa *-aduro* muestran que la base es *-atorius*, etc. (vid. *Revue de Ling. Rom.*, VII, p. 169, y *Le gascon*, § 352). El sufijo *-uso* (*Lapazuso*, etc.), encontrado en denominaciones de carácter rural (cerca de la frontera) es seguramente de origen gascon (*-osus* > *-ous*). Quiero añadir, por otra parte, a los ejemplos de cambio de acento, el ansotano [se n-áyu] < *se ne ha i(d)o*.

La reseña extensa de esta obra podrá mostrar a su autor el vivo interés con el que he examinado su investigación. Aunque haya corregido y puesto en duda algunas cosas, el trabajo posee un enorme valor, desde un planteamiento global. El autor raras veces se contenta con el registro de datos, sino que se esfuerza por llegar al fondo de los problemas. Observa las dificultades y toma una posición personal. Y aunque en su exposición no todo sea correcto⁴, sin embargo, con su actitud estimula nuestros conocimientos, porque la disparidad de criterios incita a seguir reflexionando*.

4. Me ha llamado la atención que algunas de las formas citadas procedentes de Ansó no coinciden con mis propias notas (citadas entre paréntesis): en la página 41, *xarguera*, *l'arguera* 'zarzamora' (*sarguera*); en la página 48, *ai'au* 'azada' (*axau*; Casacuberta, en *Buill. de Dial. Cat.*, XXIV: *aixau*); en la página 53, *fraxino* 'fresno' (*fráxino*; Casacuberta: *frásino*); en la página 54, *taxo*, no 'acebo' (que aquí se llama *cardonera*), sino 'tejo'; en la página 55, *buxio* 'boj' (*buxo*; Casacuberta: *buixo*); en la página 75, *cocoroza*, no 'cabeza', sino 'cumbre'; en la página 219, *bizcalera* 'madero más alto en la armadura del tejado' (*bizcarrera*, así también en Casacuberta); en la página 218, *fagarro* 'haya pequeña' (*fagarra*).

* Este trabajo apareció bajo el título «Zum Aragonesischen» en *Zeitschrift für Romanische Philologie*, 58, 1938, pp. 552-559; ha sido traducido por Barbara Ebeling y José Luis Martín Yuste. Los ejemplos aragoneses, transcritos en la edición original según el alfabeto fonético internacional, se reproducen ahora en escritura normal.